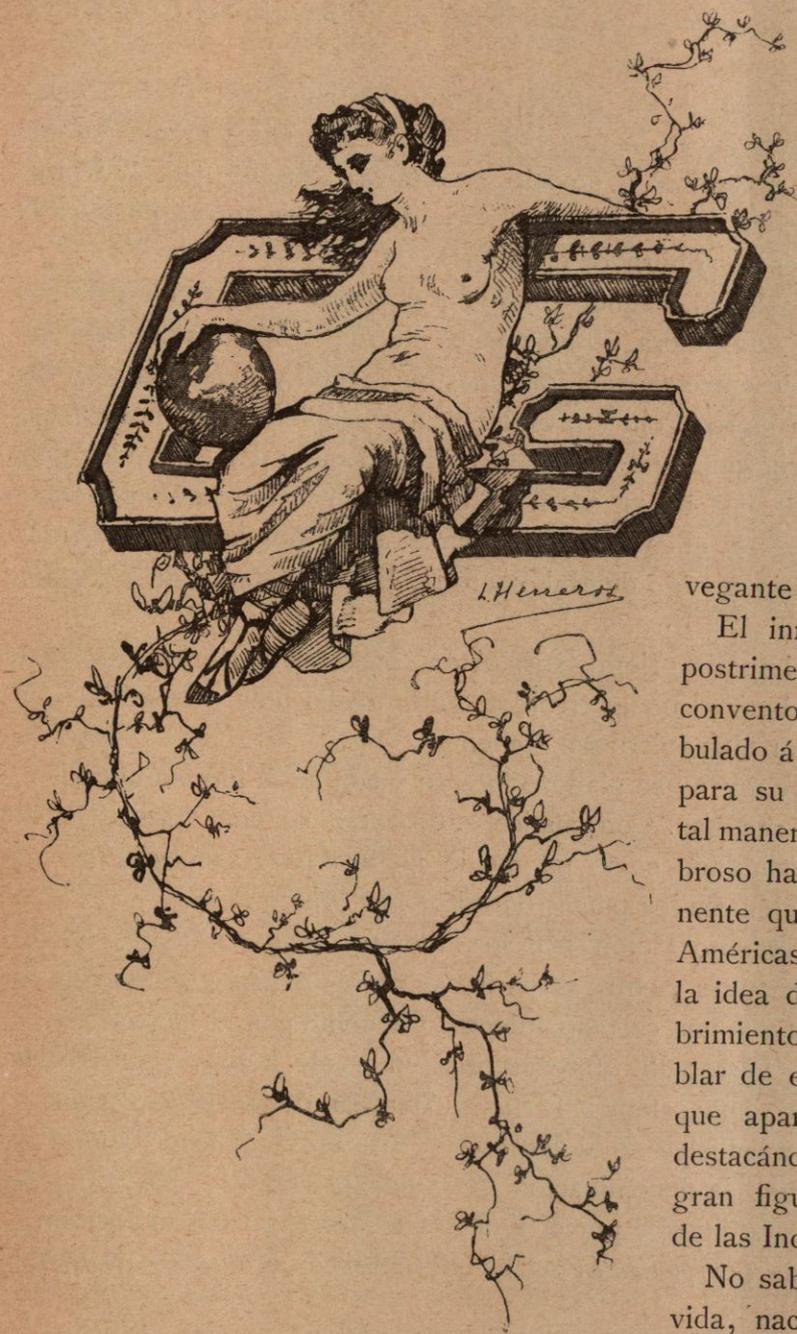


COLÓN Y EL NUEVO MUNDO



ENOVA puede con razón vanagloriarse de que en su territorio haya visto la primera luz, el insigne navegante D. Cristóbal Colón.

El inmortal *ligur*, que en las postrimerías del año 1484 llegó al convento de la Rábida pobre y atribulado á pedir hospedaje para él y para su tierno hijo Diego está de tal manera identificado con el asombroso hallazgo del inmenso continente que hoy constituye las dos Américas, que es imposible separar la idea de Colón de la del descubrimiento del Nuevo Mundo, ni hablar de este hecho memorable sin que aparezca en primer término, destacándose gloriosamente, la gran figura del primer Almirante de las Indias.

No sabemos en qué época de su vida, nació en Cristóbal Colón el propósito de ir á las regiones del extremo Oriente, no ya por el camino conocido

sino navegando hacia *poniente*, hasta dar con los confines del Asia y con las ricas islas de la Especería.

Pero es indudable, que la lectura de los viajes de Marco Polo le hizo comprender la grandísima importancia que tenía para Europa el conocimiento de aquellos lejanos países y las ventajas positivas que habría de reportar al comercio de la nación descubridora, cambiar sus productos, por las ricas telas, las valiosas especias, el oro y las perlas que según antiquísimas tradiciones resucitadas bajo un aspecto nuevo y seductor por el audaz veneciano, abundaban en el imperio del Gran Kan y en los territorios circunvecinos.

Marco Polo, regresó á su patria en 1295, cargado de riquezas, obtuvo poco después el mando de una galera con la que peleó cerca de la isla Curzola con los genoveses y allí fué hecho prisionero y llevado á Génova. Durante su cautiverio, redactó la maravillosa relación de sus viajes al Oriente, que en forma de libro la escribió en 1298, un genovés su admirador entusiasta.

Colón, en sus horas de soledad, cuando guardaba el sueño de sus compañeros, vigilante sobre la toldilla de una galera, en las noches plácidas y serenas tan frecuentes en el Mediterráneo; debió entretener su imaginación juvenil y generosa, con las exageradas descripciones de Marco Polo y prometerse á sí propio con noble estímulo visitar aquellas decantadas regiones, no sólo para enriquecerse y dar esplendor á su familia toda, sino para abrir una nueva vía á las transacciones mercantiles y como coronación digna de tal empresa, allegar fondos para arrancar por fuerza los Santos Lugares de Jerusalén, del odioso yugo de Mahometo II, el conquistador de Constantinopla.

La caída del desquiciado imperio griego, suscitó en todas las naciones cristianas la levantada aspiración de abatir el poder creciente de la media luna y de armar una nueva cruzada para recuperar el sepulcro del Redentor.

Colón, acarició desde muy joven ese piadoso intento y con su fe inquebrantable lo sostuvo vivo hasta el fin de sus días. Con místico entusiasmo se creía predestinado para esa elevada misión, contando como un medio seguro para conseguirla, los tesoros que podrían proporcionarle los países descritos por Marco Polo.

En Lisboa, trabó conocimiento Colón con los hombres más eminentes en las ciencias geográficas y matemáticas y entre otros fué su amigo el canónigo portugués Fernando Martínez que sostenía una correspondencia frecuente con el famoso astrónomo de Florencia, Pablo Toscanelli. Éste escribía en 25 de Junio de 1474, que enviaba al Rey de Portugal, una esfera y cartas de marear donde se mostraba el camino para ir por *poniente* á las islas de la Especería, más breve que por Guinea; y explicando el sabio florentino la denominación de Indias orientales, decía que se llamaban así, cuando á ellas se llegaba por el Este y que siendo la Tierra redonda, se podría ir en su demanda por *poniente*, recibiendo entonces el nombre de Indias occidentales.

Desde Lisboa á Quinsay (Nankín) por el Oeste contaba Toscanelli 26 espacios

de 150 millas (italianas) cada uno, ó sea 975 leguas náuticas de á veinte al grado, añadiendo que esos países tributarios del Gran Kan de Tartaria, rebosaban en metales preciosos y en pedrería y que los templos y palacios estaban cubiertos con planchas de oro.

Colón, logró entrar en relaciones con Toscanelli por mediación del florentino Lorenzo Giraldo, establecido en Lisboa y se apresuró á consultar con aquel sabio astrónomo sus proyectos, basados sobre la carta descriptiva *Imago Mundi* del cardenal *Aliaco* (Pedro d'Ailly) que tenía para él, datos inestimables y fidedignos.

De regreso en Lisboa de su expedición al norte de Europa en 1477, recibió Colón una carta de marear que le envió Toscanelli, la misma que mostró después á Martín Alonso Pinzón, durante el viaje de descubrimiento, la que con adiciones y dibujos hechos de mano del Almirante, se hallaba en poder del P. Las Casas, en 1559.

Desde 1480 á 1484, se hallaba en Lisboa con Colón su coetáneo Martín Behaim, notable cosmógrafo de Nuremberg, discípulo predilecto del celebre *Regiomontano* (Juan Müller) quien probablemente ayudó mucho al primero con sus conocimientos astronómicos para perfeccionar el astrolabio ¹.

Behaim apreciaba que la tierra más oriental del Catay ó sea la provincia de Mangí distaría de las islas Azores, 100°, en una línea hacia Poniente, que hacen 119° 40' á contar desde el cabo de San Vicente. Colón se conformó con este cómputo, según el cuál resultaban hallarse las tierras que iba á buscar á unas 1.600 leguas de España, distancia que hay próximamente desde la Península ibérica á Cuba.

Es materia de constante crítica y motivo de punzante censura para los detractores de Colón, la creencia equivocada de este insigne navegante, de que las islas y tierras que descubrió formaban parte del Asia y que murió sin saber que Cuba estaba separada de Veragua.

Pues qué ¿era acaso un delito ignorar que entre Asia y Europa existía un vastísimo continente?

¿Se podía exigir, que en el estado de adelanto en que entonces se hallaban la Geografía y los estudios astronómicos, Colón, inspirándose en Tolomeo y en los sabios más conspicuos, calculase la circunferencia de nuestro globo, en un tercio menos de la realidad?

¿Dejó por eso el inmortal genovés, de revelar un mundo desconocido hasta aquella época?

¿Se le puede negar que causó una completa revolución en las sociedades del mundo antiguo, inaugurando la serie de atrevidas expediciones de los futuros argonautas y conquistadores?

Colón es y será siempre venerado por la posteridad, por la fe y la constancia con que alimentó, maduró y llevó á término su incomparable empresa, venciendo con paciente resignación todos los obstáculos que se le presentaron; sin acobardarse, por-

¹ Coincidencia singular: Behaim y Colón nacieron y murieron el mismo año.

que muchos estimaran sus proyectos fruto de una imaginación extraviada, otros de locura insigne y la mejor parte de dudosa realización y hasta de posibilidad muy cuestionable.

El carácter tenaz é inflexible de Colón, no se desmintió un solo momento; sufrió con tesón y á veces con humildad las contrariedades de su azarosa peregrinación por las cortes europeas y cuando por fin se iban á discutir seriamente ante los esclarecidos Reyes Isabel y Fernando de Castilla y Aragón las estipulaciones de su contrato se negó con firmeza á rebajar un ápice sus pretensiones.

¡O todo ó nada! era en resumen la respuesta del inspirado marino.

El prudente Fernando, el previsor, el político, el sagaz monarca aragonés, al oponerse á que en una misma persona, se reuniesen todos los poderes y especialmente la casi soberana autoridad de un virrey, obraba cuerdamente.

Colón por su parte, sería menos grande si hubiera consentido un punto en ceder en sus condiciones, ante la presión que se le hacía. Uno de sus mayores títulos de gloria fué la intransigencia con que sostuvo siempre los privilegios y las prerrogativas á que se creía tener derecho.

Su resolución de salir precipitadamente de Granada abandonando para siempre la corte de España, prueba con elocuente claridad cuál era la noble entereza de su carácter.

¡Y se quiere aún que desmayase durante su viaje de descubrimiento y que intentara volver atrás!

No y mil veces no, el hombre que llevaba más de cuarenta años de lucha con las olas y sufriendo humillaciones sin cuento; que había cruzado todo el Mediterráneo, adiestrándose en la dura profesión del marinero, ora probando su destreza y pericia en las maniobras más arriesgadas, ora batiéndose con valor y decisión en los combates navales; el que había hecho exploraciones por las costas de África y recorrido las islas de Madera y Porto Santo; el que en su afán de adquirir noticias respecto á las tierras occidentales, no contento con los datos que pudo recoger en Portugal, se decidió á ir hasta el círculo polar ártico para visitar las inhospitalarias playas de la Islandia, siempre fijo en su colosal empeño de descorrer de una vez el velo de lo desconocido y convertir en realidad palpable, lo ideal y lo increíble; ese hombre extraordinario, no pudo ser capaz, ni por un instante siquiera, de pensar en dar la vuelta á España, después de haber logrado, á costa de largas y penosas mortificaciones y de ímprobos trabajos, lo que era toda su ambición, los medios de averiguar lo que había de verdad en las narraciones de los viajeros y navegantes y en las enseñanzas y opiniones de los cosmógrafos.

Asunto asaz controvertido es el de las supuestas sediciones contra el Almirante en el primer viaje. El P. Cappa lo trata con sano criterio y conocimiento de los hechos en su libro *Colón y los españoles*, condensando sus argumentos en la siguiente proposición: *Con los datos históricos que hasta el presente poseemos, no se prueba la existencia de tal motín.*

Desde que se perdieron de vista las Canarias, los tripulantes de las carabelas luchaban contra la duda y la esperanza; unas veces al ver la constancia de los vientos del Este, temían no poder regresar á España, pero se tranquilizaron por fin el 22 de Septiembre al saltar viento contrario; otras entretenidos con los signos de tierra que se iban presentando, ya veían alcatraces y pajarillos de río, ya hierbas en las cuales se posaban cangrejos, ya tórtolas y otras aves de corto vuelo, ya finalmente juncos y trozos de madera recientemente labrada, con lo que se alegraban sus corazones. No obstante, la larga duración del viaje, el miedo de lo desconocido, la incertidumbre que tenían acerca de lo que iban á buscar y la desconfianza que les inspiraba aquel extranjero, les hacía murmurar más ó menos abiertamente, andar de mal talante y contestar con desabrimiento á Colón. Éste á cuyos oídos tenía que llegar el descontento de la gente, debió tratar del caso con Martín Alonso Pinzón en quien todos contemplaban el hombre más importante después de Colón y cuya fama de esforzado y de buen marino estaba muy acreditada. El consejo que según se cuenta dió al Almirante de que ahorcara *á media docena dellos*, es propio de la intrepidez y arrogancia de Martín Alonso, por si las cosas llegaban al extremo de tener que adoptar una medida radical y rigorosa. Colón contestó con palabras de conciliación y de templanza. En efecto, los ánimos se fueron apaciguando y nada ocurrió digno de notarse hasta que llegaron á las Lucayas una semana después.

Otro tanto puede decirse de la decantada voz de ¡Adelante! que se dice dió Pinzón para alentar al Almirante. Descartada la especie malévolá de que Colón pensara en abandonar cobardemente el empeño de toda su existencia, é identificado Martín Alonso con su jefe, pudo haberse expresado así, para demostrarle que él no vacilaba y que estaba decidido á seguir adelante hasta dar con la tierra.

Mientras se fueron sucediendo una tras otras las peripecias de la navegación, sin ver la tierra tan deseada, era Pinzón casi un igual de Colón y valía más en el concepto de muchos; pero las cosas tomaron un aspecto muy distinto al aparecer la isla de Guamahaní. El asombro embargó los ánimos de aquellos rudos marineros; el entusiasmo por el Almirante no tuvo límites; todos le acataron con respetuosa consideración y reconocieron la verdad de sus promesas.

Entretanto, Pinzón quedaba relegado al rango de simple capitán de buque, como su hermano Vicente, aunque siempre audaz y valeroso.

La distancia de él á su jefe creció considerablemente. Para Colón, honores, distinciones, dignidades, tesoros y recompensas altísimas, al volver á España. Nada para él, que había trabajado para la habilitación de las carabelas y á quien podía decirse que se debía el que se llevase á término aquella empresa. Si entonces no sintió el gusano roedor de la envidia en su interior, cuando menos debió comparar con amargura, el destino del uno con el del otro.

No puede admitir la menor duda que al separarse con *La Pinta* de los otros dos buques el 22 de Noviembre, obró Pinzón, con malicia manifiesta; sin adelantar juicio, hay motivo suficiente para creer que trataba de llenar su buque con el oro que reco-

gería en la isla de Babeque (Inagua la grande) y obtener quizá el merecido galardón, presentándose el primero á los Reyes en España.

¡Paz á su honrada memoria; pero no se quiera para defenderle de actos reprobados, deprimir injustamente la limpia fama de Colón!

No cabe el paralelo entre el Almirante y Martín Alonso Pinzón. Aquel fué además de marinero inteligentísimo, de mucho valor y pericia en todas las manifestaciones de su profesión; un sabio para los tiempos en que vivía, muy versado en las sagradas letras y docto en las ciencias filosóficas y matemáticas; buen dibujante y hábil en la delineación de cartas de marear. Era en suma un gran carácter, inmutable en sus determinaciones, inflexible en sus juicios, amante de la justicia y de la verdad, leal y exactísimo en el cumplimiento de sus deberes.

El mayor de los Pinzones fué un buen navegante, de experiencia poco común en la práctica de las cosas de mar; pero no en lo que se aprende en los libros y en general poco profundo en los conocimientos que no eran entonces de la competencia del vulgo. De carácter enérgico y osado, valiente hasta la temeridad, arrogante y generoso; aceptaba con intrepidez el puesto más arriesgado, sin propósito bien definido, sin calcular las consecuencias y movido sólo por el ardimiento y la bravura de su ánimo esforzado y aventurero.

Colón fué el genio más notable de su época, inmortalizó su nombre, legándolo como una gloria á España, su patria adoptiva.

Pinzón fué uno de tantos hombres valerosos y denodados de aquella edad de héroes que ilustraron la historia de España.

Motejan algunos á Colón de avariento y codicioso, sin fundamento para ello y cuando menos con ligereza inexcusable.

Las capitulaciones de Santa Fe contenían: que se le nombraba Almirante, Visorey y Gobernador general en todas las islas y tierras firmes que por su mano é industria descubriere en las mares oceánicas, con facultad de presentar tres personas para cada oficio; que tenía derecho al décimo de las mercaderías y objetos preciosos de toda clase que se ganaren ó adquirieren dentro de los límites del Almirantazgo; que en las dudas y pleitos que se suscitaren con motivo del reparto, conociera el Almirante por sí ó por su teniente; que tenía facultad para contribuir al armamento de los barcos y participar de sus provechos, llevando en todo la octava parte.

Colón, al mantenerse firme é invariable en sus condiciones, exponiéndose á perder de un golpe todo lo que á costa de infinitos sinsabores había estado gestionando por largos años, tenía para obrar así una razón poderosísima: estaba íntimamente convencido de que navegando *por poniente*, iría á parar al extremo oriental de las tierras de que hacían mención, Marco Polo, el navegante inglés John de Mandeville y el físico Toscanelli, sin contar otras noticias y tradiciones, á saber: llegando primero á la grande isla de Cipango, que es el Japón actual y al Catay ó sea la China, cuya capital era Cambaluc (Pekín); y que recorriendo las costas de la provincia de Mangí, daría con la populosa ciudad de Quinsay (Nankín) á orillas del rio Quian (Yan-si-

Kiang) no lejos de la mar; y que siguiendo hacia el Sudoeste, visitaría la gran ciudad de Zaitón (Cantón) emporio del comercio de la India y Tartaria; luego las islas de la Especería y la de Ceylán (Taprobana de los antiguos), abundante en perlas, y por último los territorios del Ofir célebre por sus criaderos auríferos, de que habla la sagrada Biblia.

Todas estas riquezas, que á él solo se le deberían, puesto que él solo conocía el camino que para obtenerlas había que seguir, *abscondido á cuantos se fabló dellas* ¹, merecerían una recompensa proporcionada á los incalculables beneficios que iba á reportar y como premio á sus excepcionales méritos y á su personal industria. Terrible debió ser, por lo tanto, el desengaño que sufrió el Almirante al ver que ni en Cuba cuando la creía ser la tierra firme del Catay y suponía hallarse entre las ciudades de Quinsay y Zaitón, ni poco después en la Española, que tomaba por Cipango, se encontraban las riquezas que esperaba, ni nada de lo que Marco Polo refería en sus descripciones.

Bien se comprende esto por lo que escribía á los Reyes en 1503: «*Cuando yo descubri las Indias dije que eran el mayor señorío rico, que hay en el mundo. Yo dije del oro, perlas, piedras preciosas, especerías, con los tratos y ferias y porque no pareció todo tan presto fui escandalizado. Este castigo me hace agora que no diga, salvo lo que yo oigo de los naturales de la tierra*».

Su honor, en efecto, estaba comprometido ¿qué pensarían los Reyes Católicos, sus señores? ¿Qué la magnánima Isabel, su constante protectora? ¿Qué diría su declarado enemigo el obispo Fonseca y qué concepto formarían de sus formales promesas sus envidiosos detractores?

Es verdad que había descubierto un Nuevo Mundo; pero era menester también que al regresar á Castilla á recibir los plácemes de los Reyes en presencia de toda la corte, fuese portador de ricos presentes, como una muestra de las portentosas regiones descubiertas.

Así, pues, se afaná en acaparar la mayor cantidad de oro que pudo y cuantos objetos de valor llegaban á sus manos.

Ese mismo propósito le hizo caer en la deplorable tentación de vender los caribes y caníbales antropófagos, muy crueles y odiosos ciertamente, pero que no por eso era justo que se traficase con ellos.

Alguna excusa tenía Colón, hasta cierto punto, por su larga mansión en Lisboa, donde se veían muchos esclavos; pero el motivo principal que sin duda le impulsó y el que le hizo cerrar los ojos ante la falta de caridad de la medida fué el deseo de no quedar mal con los Reyes.

El P. Las Casas afeó mucho á Colón su proceder en esta ocasión y con su intemperancia y parcialidad habitual declamó siempre contra los españoles con exagerado celo en favor de los indios; y entretanto, no le parecía mal, antes bien, abogaba por la esclavitud de los negros africanos, olvidándose sin duda de que también éstos

¹ Testamento y codicilo del Almirante viejo.

tenían alma y de que la caridad cristiana obligaba á tenerles tanta lástima, cuando menos que á los naturales de las Indias.

Al paso que cuidaba el Almirante de reunir presentes de valor para ofrecer á los Reyes una digna muestra de los tesoros que había conquistado en las tierras recientemente descubiertas por él, justo era también que mirase por el decoro de su persona y por el lustre de su casa. Natural era, en verdad, que hiciese lo posible para que no le llamasen más *el hombre de la capa raída*. Su dignidad de Almirante, que estimaba más que ningún otro título, requería gastos de representación de no poca monta.

Para alternar en la corte y en Castilla con los próceres, sus émulos é iguales, no podía menos de vestir con decencia y hasta con la ostentación propia de su alto rango; tenía que sostener una buena casa ó *posada*, como entonces se decía, y mantener numerosa servidumbre.

Era, además, obligación suya ineludible pagar sus deudas pendientes y necesitaba para ello contar con recursos suficientes cuanto antes, no sólo porque su edad era ya avanzada, sino que ante todo su conciencia le exigía cumplir pronto y fielmente sus compromisos.

Por otra parte, es sabido que el Almirante terminó su accidentada y laboriosa vida en Valladolid, en una pobre morada, la noche del miércoles 20 de Mayo de 1506, sin ninguno de los aparatos de la fortuna y de la grandeza; pese á los que pretenden demostrar sin conseguirlo que el descubridor del Nuevo Mundo murió rico y que legó cuantiosos bienes.

Lo que dejó en sus últimas disposiciones fueron derechos y reclamaciones de cantidades no satisfechas *porque fasta agora no se ha habido renta de las dichas Indias, porque yo pueda repartir*, según se lee en el testamento y codicilo otorgado por el Almirante viejo en Valladolid el 19 de Mayo, víspera de su fallecimiento.

Desde Mayo de 1487 hasta igual mes de 1501, ó sea en el espacio de 14 años, le fueron librados á Colón por cuenta del Real tesoro al pie de 100.000 maravedís, que corresponden á 7.000 próximamente cada año, equivalentes á unos 5.000 reales de la moneda actual.

Además, desde 1489 se le aposentaba gratis en sus viajes, pagando él su manutención á precios razonables.

Pero ¿qué es eso ó aun doble cantidad para un personaje que ocupaba un puesto preeminente en Castilla y que tenía á sueldo cinco criados desde el año 1493?

En cuanto á los tesoros que pudo sacar de la Española, Bobadilla se apoderó de ellos, así como de todo cuanto había en la casa del Almirante; dinero, papeles y demás efectos de la pertenencia de Colón y sus hermanos. Recobró, no todo, bastante después y á vueltas de repetidas instancias y reclamaciones.

Por otra parte, lo que logró obtener en oro y perlas en los diferentes países descubiertos no llegó á tanto que le permitiera vivir con opulencia ni aun siquiera con holgura.

En todas sus cartas se lamenta de la escasez de sus recursos y de que no le pagaban las rentas que le correspondían por el Almirantazgo de las Indias.

En la carta que en 7 de Julio de 1503 escribió á los Reyes desde Jamaica, se expresa en estos términos:

...«poco me han aprovechado veinte años de servicio, que yo he servido, con tantos trabajos y peligros, que hoy día no tengo en Castilla una teja; si quiero comer salvo al mesón ó taberna, y las más de las veces falta para pagar el escote.» Y más adelante, refiriéndose á la gran hazaña del cruel y grosero Bobadilla, que correspondió por cierto muy mal á la opinión que de él se tenía en la corte,

...«*fué preso y echado con dos hermanos en un navío, cargados de fierros, desnudo en cuerpo con muy mal tratamiento, sin ser llamado ni vencido por justicia ¿quién creerá que un pobre extranjero se hoviese de alzar en tal lugar contra V. A., sin causa, ni sin brazo de otro príncipe y estando solo, entre sus vasallos y naturales y teniendo todos mis fijos en su Real corte. Yo vine á servir de 48 años¹ y agora no tengo en mi persona pelo que no sea cano y el cuerpo enfermo, y gastado cuanto me quedó de aquéllos y me fué tomado y vendido, y á mis hermanos, fasta el sayo, sin ser oído ni visto, con gran deshonor mío.*»

Colón se entregó indefenso en poder de Bobadilla; el inexorable comendador le hizo poner á los pies una barra de grillos, dura medida, que horrorizó hasta á los que estaban más encarnizados contra él; sólo se prestó á aherrojar al Almirante un galopín de cocina y ya á bordo de la carabela que lo iba á conducir, no bien salieron á la mar, el capitán del buque, Alonso Vallejo, pusóse de rodillas ante él, sombrero en mano y con lágrimas en los ojos, quería libertarlo de las prisiones; pero á ello se opuso Colón, agradeciendo, sin embargo, los buenos sentimientos de Vallejo. Á su llegada á Cádiz, causó gran indignación en todas partes, el ensañamiento inútil de Bobadilla, con un anciano de 64 años, enfermo de cuerpo y de espíritu y los Reyes desaprobaron la conducta del nuevo gobernador de la Española. ¿Qué defensa tiene un hecho tan inhumano?

Los que tan dispuestos se muestran para exagerar las faltas del Almirante ¿por qué no obran del mismo modo, cuando se trata de analizar los desmanes que con él se cometieron?

Censuran algunos á Colón, porque se atribuyó el premio de 10.000 maravedís, concedido al primero, que descubrió la tierra.

Colón vió una luz á las diez de la noche del 11 de Octubre y la hizo ver á otro ¿por qué había de renunciar á una gloria, que le correspondía en justísimo derecho?

Á las dos de la madrugada, Rodrigo de Triana que iba sobre la proa de *La Pinta* cantó «*tierra*» y recibió por ello su correspondiente galardón. En cuanto á la pensión de 10.000 maravedís se pagó después de las carnicerías de Sevilla ó Córdoba, sin oposición de nadie, aunque con poca puntualidad. Si Colón no estuviese convencido, de que le correspondía, no la hubiera aceptado seguramente; porque si bien

¹ Dice 28 por error en la copia de la carta que se conserva.

era muy celoso de sus prerrogativas, no era capaz de usurpar á un pobre infeliz, un beneficio legítimo.

Otra prueba, de que no dejó el primer Almirante ningún caudal de importancia son los litigios que toda su vida sostuvo D. Diego Colón, de quien se decía, *escribe más que Colón*, para que se le abonasen sus rentas y aun después de su muerte acaecida en la Puebla de Montalbán en 1526, escribía su hermano D. Fernando al Rey Carlos, acerca de doña María de Toledo, viuda de D. Diego (que se llamaba á sí propia *la desdichada virreina*) «porque no anduviese ella aquí con tantas fatigas y trabajos, como andaba tiempo ha, cargada con sus hijas, *gastando lo que no tenía* é importunando á S. M.»

En resumen: Colón no percibió lo que le pertenecía por sus dignidades y privilegios y aun cuando no deba admitirse que durante los 22 últimos años de su vida que estuvo al servicio de los Reyes de España, viviese en constante estrechez, no hay motivo para desechar las quejas que consignó en sus escritos y puede suponerse razonablemente que nunca anduvo sobrado de dinero; no porque en definitiva se le negasen sus derechos, sino por las lentitudes y moratorias de las oficinas, especialmente tratándose de la cobranza de fondos de varios co-partícipes.

Por lo demás, según la investigación hecha por el Sr. Fernández Duro, los bienes del Almirante viejo, montaban en 1527 á 541.097 maravedís, que al cómputo más probable equivalen hoy á 360.000 reales ó sean próximamente 18.000 duros, que no pasa de ser un capital modesto, siendo posible no llegara á tanto ni á mucho menos, la cantidad de que podía disponer D. Cristóbal Colón, al ocurrir su fallecimiento y que en realidad estuviera pobre y miserable relativamente.

Á engrosar la columna de maldicientes de Colón ha venido en estos días Mr. Justin Winsor que acusa al Almirante de avaricioso, ingrato, cruel y alucinado. En cambio, Mr. Jorge C. Hurlbut, de Nueva York, rechaza las inculpaciones de su compatriota, encontrando que si bien Mr. Winsor tiene especial cuidado en no admitir respecto á los hechos de Colón sino los que estaban bien comprobados, exagera sus defectos y disminuye sus méritos. Tampoco está de acuerdo en el juicio que hace Mr. Winsor de Colón, el italiano A. V. Vecchi, que se declara partidario decidido del insigne genovés; expresando que Colón con su rica imaginación se formó una idea brillante y exagerada de las tierras que iba á descubrir, por eso no cedió un ápice en sus pretensiones, lleno de fe en su fantasía, pero que nunca fué su ánimo engañar al mundo como quiere Winsor, pues nada tiene que ver la ilusión inocente con la audaz mentira.

Hace ver que entonces la reciente invención de la imprenta facilitaba el estudio de las ciencias y eran familiares el famoso *Arte de navegar* de Raimundo Lulio (1273) la *Sphera mundi* de John Holyrood (1472) y la *Imago mundi* del cardenal Pedro d'Ailly, obras todas que indudablemente conocía Colón.

Respecto á la pretendida ignorancia de los teólogos y cosmógrafos españoles, no encuentra ninguna razón plausible para admitir esa falsa opinión; pues que está

probado que los clérigos sostenían la esfericidad del globo y eran los depositarios de las ciencias conocidas en aquella época.

Entre los que fueron consultados acerca de los proyectos del marino genovés, se pueden citar al cardenal Mendoza, á Fr. Diego de Deza y á Fr. Antonio de Marchena.

Aun entre los seglares, el afán de instruirse era grande en España y la casa de Pedro Mártir de Angleria estaba constantemente llena de jóvenes nobles, que abandonando, por útiles lecturas entretenimientos nocivos, emulaban en los estudios más abstractos, bajo el patrocinio de la augusta soberana Isabel, modelo de reinas.

El juicioso escritor A. V. Vechi, censura con razón el cuadro de Nicolás Baravino, notable pintor italiano que ha muerto poco ha. Representa el lienzo á Colón escarnecido por los doctores de Salamanca, y más que un cuadro serio de historia, parece un asunto puramente imaginario. El ilustre postulante, lleno de desesperación, con la vista fija, está sentado, sin conciencia de lo que pasa á su alrededor, mientras que sus jueces unos le miran con expresión de burla, ó de lástima considerándolo loco, otros se apartan de él con desprecio y otros en fin no creen necesario ocuparse de sus desatinos.

De una manera análoga han procedido no pocos de los que se han erigido en severos críticos del Almirante.

Pero el que ha sobresalido entre los modernos, por su ensañamiento con el gran descubridor, es el anglo-americano M. Eugenio Lawrence, que afirma con toda seguridad que Colón fué pirata y filibustero. Niega que naciera en Génova ni que fuese italiano y dice que pertenecía á la familia de los Colombos (palomos) de mar, griegos, que surcaron el Mediterráneo y el Océano, desde 1468 á 1485, robando y atropellando, bien por su propia cuenta ó bien bajo las banderas de uno ú otro príncipe.

Mr. Lawrence no se detiene en ninguna consideración, para presentar á Colón como un gran mistificador, osado, emprendedor, sin conciencia ni fijeza en sus creencias religiosas; haciéndose primero llamar con un nombre que no era el suyo sino el de los piratas Colombos sus maestros, después cambiándolo por otro caprichoso también, el de Colón. En sus primeros años lo supone descreído y sanguinario, trocándose después en un hombre fanático y supersticioso; pero siempre falso, siempre cruel, siempre codicioso.

En cuanto á fechas, Mr. Lawrence las baraja á su antojo, sin respetar los hechos históricos que no admiten duda y con los cuales no concuerdan absolutamente sus suposiciones.

El folleto de Mr. Lawrence no puede dañar á Colón, porque es un libelo virulento y apasionado, que no resiste un examen imparcial y metódico; aun cuando en verdad no merece un estudio serio. Un punto difícil si no imposible de aclarar en la historia del primer Almirante es el de sus amores con la noble y hermosa cordobesa doña Beatriz Enríquez de Arana.

Frisaba Colón en los cincuenta años en 1486, cuando fué á Córdoba, donde se hallaba á la sazón la corte. Gracias al favor del Duque de Medinaceli y á una carta de recomendación de Fr. Juan Pérez, para el confesor de la Reina, el prior del Prado Fr. Fernando de Talavera, fué presentado á Isabel de Castilla que deseaba conocerlo personalmente y oír de sus labios la exposición de sus sublimes teorías.

El porte majestuoso de Colón, su insinuante y persuasiva palabra, atraían hacia él las simpatías, contribuyendo aún más á abrirle camino entre las personas piadosas, que eran muchas, su cristiano propósito de reconquistar el sepulcro sacrosanto del Hijo de Dios.

En la magnánima soberana, tuvo desde luego una oyente benévola y una firme protectora; en su defensa y de su parte á la ilustre y docta dama doña Beatriz de Bobadilla, Marquesa de Moya y no menos adicta y constante amiga á la discreta doña Juana Velázquez de la Torre, aya del Príncipe D. Juan; pero en quien ejerció el proyectista genovés una impresión más profunda fué en doña Beatriz Enríquez.

Esta dama, joven y bella, no vió en Colón un iluso ó un loco, no se fijó en su pobreza ni en su edad, poco en armonía con la de aquella flor lozana del Guadalquivir. Solo comprendió que su alma era grande y se llenó de admiración ante sus atrevidos planes, que Colón sabía desarrollar bajo un aspecto halagador y lisonjero.

Creció la simpatía con el trato; se encendieron en el fuego del amor sus corazones y venciendo obstáculos, olvidando miramientos sociales, se entregaron por entero á las dulzuras de una pasión violenta...

Don Fernando, que después se hizo notar por su saber y su ilustración poco comunes, fué el fruto de los amores de D. Cristóbal con la gentil andaluza y fué siempre el predilecto del Almirante.

Cuando conoció Colón á doña Beatriz hacía tres años que había enviudado y se ocurre preguntar ¿por qué no legitimó aquella unión con el sagrado vínculo del matrimonio?

No se concibe en un hombre timorato, como era el Almirante, que siempre fué hijo fiel y sumiso de la Iglesia, que si pudo no lo hiciera.

¿No sería la causa tal vez, estar desposada ya con otro doña Beatriz y verse ambos obligados á ocultar sus relaciones ilegítimas?

Problema obscuro es este y de muy dudosa solución. Que Colón se hallaba entonces y se mantuvo después en buenas relaciones con la familia de su amada, está fuera de duda.

Un primo de doña Beatriz, D. Diego de Arana, fué con el Almirante en la nao *Santa María* y quedó de Gobernador en el fuerte del puerto de Navidad, cargo de mucha responsabilidad y de toda confianza.

En el segundo viaje, lo acompañó D. Pedro, hermano de aquélla, como capitán de una de las naos.

En su testamento, manda Colón á su hijo D. Diego, que provea al sostenimiento decoroso de doña Beatriz, encargo que cumplió el segundo Almirante, como se ve

por su codicilo en el que dispone que si algo ha dejado de satisfacerse á la madre de D. Fernando, de la pensión de 10.000 maravedís, señalada por el Almirante viejo, se le pague á los herederos de aquélla.

¿Pudiera deducirse de aquí, que habiendo logrado doña Beatriz mantener ignorados sus amores con Colón, contrajese matrimonio con su desposado presunto?

Nada se sabe de cierto: el Almirante no menciona nunca en sus cartas á su amada y sólo habla de ella en su testamento.

En cuanto á D. Fernando jamás nombra á su madre.

Pero, sí puede asegurarse que las dulces cadenas con que la bella cordobesa tenía sujeto á Colón, fueron parte muy principal á que siguiera en Castilla sin decidirse á ofrecer sus servicios á otro príncipe, á pesar de las dilaciones que con uno ú otro pretexto le hicieron sufrir durante su carrera de pretendiente.

Doña Beatriz Enríquez, fué pues un astro benéfico para Colón, cuyo brillante resplandor perdió pronto sus vivos destellos, para no volver á lucir más, después de haber ejercido influencia saludable en el descubrimiento de las Indias occidentales.

Colón protegió á los suyos: nada era más justo.

¿En quién mejor que en sus hermanos y parientes podía depositar toda su confianza?

¿Quién como aquéllos le había de ayudar en su difícil y espinosa tarea?

Su hermano D. Bartolomé, el Adelantado, fué un hombre de acción, fuerte, robusto, buen militar y muy devoto á los intereses del Almirante.

En cuanto á D. Diego, por quien tenía particular afecto D. Cristóbal, su carácter pacífico y poco adecuado para la vida de luchas y de actividad, le hizo abrazar la carrera eclesiástica y murió pobre aunque considerado, en Sevilla en 1515.

Tiempo es ya de terminar este largo artículo desprovisto del interés que otra pluma más elegante que la mía hubiera despertado seguramente, pero antes, séame permitido añadir algunas ligeras observaciones y citar uno que otro pasaje alusivo al inmortal *ligur* que nos reveló un mundo.

Á los que no quieren conceder á Colón su gloria imperecedera, pudiérais contestar lo que trae Cervantes á la conclusión de su inmortal libro de D. Quijote:

Tate tate folloncicos,
de ninguno sea tocada,
que esta empresa buen Rey
para mí estaba guardada.

Para mí solo nació el Nuevo Mundo y yo para él. En mí ha tenido confirmación, aquella profecía de Séneca:

«Siglos vendrán en que el Océano aflojará sus ligaduras... y se descubrirá una gran tierra y un cierto hombre descubrirá nuevos mundos y no será Tulé, lo último de la tierra»...

«No hay que escatimar la parte de gloria que á todos toca, pues tan grande es el

suceso, que á todos llega; pero no hay que rebajar en un ápice la principalísima parte que á Colón corresponde... siempre ha de corresponder lugar preeminente al Almirante, como siempre se eleva dominadora sobre el cuerpo humano la cabeza, centro de la vida y de la inteligencia»¹.

Poderosos auxiliares fueron sin duda alguna, para el Almirante, los hermanos Pinzón y más que todos Martín Alonso, brazo derecho de aquella magna empresa; no menos útil debió serle, el maestro de hacer cartas y hábil piloto Juan de la Cosa, que iba con él en la nao *Santa María*, así como lo fueron todos y cada uno de los que trabajaron para el feliz éxito de aquella épica expedición, los unos en humilde clase, en elevado puesto otros: los padres Juan Pérez y Antonio de Marchena, el médico García Hernández, el Duque de Medinaceli, Fr. Diego de Deza, el cardenal Mendoza, la Marquesa de Moya, doña Juana de la Torre, Fr. Gaspar Gricio, Alonso de Quintanilla, Luis de Santángel, Juan Cabrero, Diego Méndez, Bartolomé Fieschy y otros más ó menos conocidos.

«Una aspiración propia debemos en tanto tener por unánime y principal objeto los españoles, la de desagrar de notorias injusticias á nuestra raza, indudablemente digna de Colón, de su genio y de su hazaña. Si nosotros entonces no hubiéramos podido hallar mejor caudillo, porque el mundo no lo ha logrado, que aquel genovés gloriosísimo, tampoco á él le habría de seguro prestado ninguna gente mejor ayuda ni hubiera proseguido su empresa heroica con más perseverancia, inteligencia y denuedo. La gloria suya es la nuestra, la nuestra la suya, de tal suerte, que aun puede decirse que las victorias de Cortés y de Pizarro, fueron también victorias de Colón»².

Á España, pues, corresponde con Colón, la gloria del descubrimiento; pero á él se le debe la iniciativa.

«El rebajar á Cristóbal Colón; el tratar de obscurecer la esplendente aureola que ondea en su frente, más que ennoblecer á España y ensalzarla, tiende por fatal modo á relajar los vínculos de simpatía que afortunadamente nos ligan aún con las regiones ultramarinas; porque preciso es confesarlo, la gigantesca figura de aquel varon egregio, es y será siempre la personificación del descubrimiento del Nuevo Mundo y el factor principal de las mutuas relaciones que unen en lazo fraternal á los dos grandes pueblos, el español y el americano»³.

Sin Colón ¿cuántos años habrían pasado, antes de que fuera conocido el continente americano?

Sin aquella nobilísima y generosa reina Isabel ¿cuán distinta solución hubiese tenido el inaudito pensamiento concebido por el gran navegante genovés?

¹ Rada y Delgado, *El Centenario*, pág. 394.

² Cánovas del Castillo, *Criterio histórico*, etc., conferencia inaugural pronunciada en el Ateneo.

³ P. J. Coll, *Colón y la Rábida*, pág. 323.

PATRICIO MONTOJO
(Capitán de navío de primera clase).

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS
BIBLIOTECA